

PLIEGO

Vida Nueva
3.259.
19-25 DE FEBRERO
DE 2022

CRISTINA INOGÉS SANZ

Teóloga y miembro de la Comisión Metodológica
del Sínodo sobre la sinodalidad

El cuento de
los tres cerditos,
las estructuras
eclesiásticas...
y alguna eclesial



Puede sonar extraño que un cuento para niños nos ayude a reflexionar sobre las estructuras eclesiásticas llamadas a transformarse e incluso, algunas de ellas, a desaparecer en una Iglesia sinodal. No es cuestión de ir a derribar por derribar, sino de construir en condiciones de solidez, que no rigidez, que nos permitan ser Iglesia de comunión y no de exclusión.

LAS ESTRUCTURAS ECLESIASTICAS Y ALGO A TENER EN CUENTA

Hay una estructura central, fuertemente eclesiástica, formada por muchas estructuras –ninguna secundaria– que la sostienen. En este momento, muchas de esas estructuras no secundarias están tan afectadas por la carcoma y las termitas de años de poder corrompido que, prácticamente, impiden recuperarlas. Otras se podrían restaurar con tiempo y la decisión de poner al frente a personas con visiones más eclesiales que eclesiásticas, que mantengan el cambio de rumbo propiciado por la restauración y limpieza de las mismas. Y otras ciertamente funcionan, aunque siempre hay que estar pendientes de no imitar las formas contaminadas por la carcoma y las termitas.

La fuerte jerarquización, verticalísima, férrea, aquejada de una sordera persistente (para según qué temas), e inamovible por propia decisión, ha creado más problemas que soluciones. Sin embargo, no todo está perdido porque, “cuando todo está por hacer, todo es posible”, como dice el poeta **Miquel Martí i Pol**.

Cincuenta o sesenta años en la Iglesia es como un leve suspiro ya que, acostumbrada como está a contar el tiempo en siglos, tan pocos años son casi una anécdota cronológica. Sin embargo, en ese espacio de tiempo tan corto suceden cosas asombrosas.

Tirando de hemeroteca –que siempre resulta muy interesante–, me he encontrado que un periódico francés, de esos regionales a los que casi no se les da importancia, *L'Independent*, publicó a mitad de los años 50 una encuesta en la que una de las preguntas era en qué creían los católicos que se equivocaba la Iglesia. La encuesta se hacía entre personas de 20 a 60 años, y las

respuestas se desglosaban por edades. Me llamaron la atención varias de ellas, entre las cuales había una, en la franja de edad de 20 a 30 años, en la que alguien decía que la Iglesia se equivocaba al condenar el principio de libertad religiosa. Esto, en aquellos años, sonaba bastante atrevido. Sin embargo, vemos cómo el Concilio Vaticano II reconoció ese principio, y hoy –siempre con alguna excepción– se ve normal que cada uno actúe al respecto según su conciencia.

Pese a todo, creo que hay una segunda lectura que resulta también interesante. Esta respuesta y otras que aparecen en la encuesta (la nula relación con otras confesiones cristianas, tener a la mujer invisibilizada, un laicado ignorado, miedo al mundo intelectual y cultural...) demuestran hasta qué punto es importante para la Iglesia escuchar a aquellos que no comparten todos o ninguno de sus criterios, porque eso la obliga a revisarse a sí misma, a pensar en horizontes más amplios que los que ella misma se impone.

La Iglesia va cambiando, y más que tiene que cambiar. Escuchar se ha convertido en prioritario, sobre todo, a quienes tienen otra forma de ver ciertas realidades y hasta de disentir con ella, porque en algunos momentos puede ser incluso un deber de conciencia, tanto hablar como,

por supuesto, escuchar. Sin embargo, para que eso pase, necesitamos estar despiertos, más todavía, espabilados, y asumir que es asunto de todos que la Iglesia no tenga miedo al cambio, a la creatividad y a nuevas formas de estar en el mundo. Y, por supuesto, a revisar algunas de sus estructuras que nos han traído al desastre actual, y parecen casi inamovibles.

EL CUENTO DE LOS TRES CERDITOS

Espero que, entre los cuentos infantiles prohibidos o caídos en sospecha últimamente, no esté el de los tres cerditos. Este cuento del siglo XIX, de origen inglés, cuenta la historia de tres hermanos cerditos que, tras el consejo de su madre para independizarse, se adentran en el bosque para vivir su vida.

Uno construye una casa de papel que, rápidamente, un lobo destruye soplando. Otro construye una casa de paja, que también el lobo destruye con un soplo. Y, finalmente otro, el hermano mayor, construye una casa de ladrillo, ante la cual el lobo no tuvo nada que hacer y desistió del intento de derribarla.

Los cerditos más jóvenes aprendieron la lección de que, en esta vida, lo sólido lleva un cierto tiempo edificarlo, pero que, a la larga, es una buena inversión.



¿Puede servirnos este cuento para reflexionar sobre algunas estructuras de nuestra Iglesia que, en su forma actual, ya no pueden dar más de sí? Solo siendo sinceros y, ante la fragilidad de ciertas realidades que tenemos delante, debemos preguntarnos sobre el sentido de algunas decisiones que se tomaron en un momento y, sobre todo, la posibilidad de cambiar y pedir perdón.

LA ESTRUCTURA DE PAPEL Y SUS CONSECUENCIAS

Aunque por fuera sean de ladrillo, en la Iglesia hay estructuras hechas de papel que, por extraño que parezca, y pese a la poca solidez que tienen, se mantienen en pie o, al menos, así se quieren mostrar.

Una de estas estructuras aparentemente sólidas son los seminarios. Edificios de ladrillo o piedra –algunos de ellos centenarios– en los que se forma un determinado modelo de sacerdote que, en realidad, no es tan fuerte como se cree, y esa es la auténtica estructura de papel. Se suele decir que el papel lo aguanta todo, pero en realidad no es así, y no depende de la calidad del mismo, sino más bien de su poca consistencia.

Esta estructura de papel de los seminarios tiene también su lobo, y con un nombre compuesto: el lobo se llama **Clericalismo-Impunidad**. En los seminarios, instituciones cerradas donde las haya, los futuros sacerdotes, fueron imbuidos de una cultura de la impunidad que les hizo, prácticamente, creerse “super” lo que sea; porque superhombres no lo eran y supersacerdotes tampoco, que quede claro. Desde ese sentimiento de superioridad, se creyeron intocables, es más, se les hizo creer que estaban por encima del bien y del mal y que, hicieran lo que hicieran, siempre tendrían la complicidad de la estructura eclesial –que no eclesial, recuerdo– para tapar lo que fuese.

Al sentirse fuera y por encima de todo control, desde la estructura de papel de personalidades muy maleables y formados por quienes tampoco tenían una personalidad medianamente sana, emergieron como champiñones –basta ver la cantidad de abusos de todo tipo que se conocen hasta ahora y

los que faltan por salir en todo el mundo– unas figuras perturbadas y perturbadoras que, por acción o por consentimiento, convirtieron la Iglesia en lo que nunca debió ser y que ahora, por desgracia, es: una Iglesia sin credibilidad, mirada con recelo, y que urge sanear, sanar y reconstruir.

Esto pasó porque el lobo Clericalismo-Impunidad también hizo creer a algunos hombres de Iglesia que su forma de pensar, su criterio y su manera corrompida de ejercer el poder valía más que el aliento del Espíritu, que siempre sopla para edificar, alentar, acompañar y construir formas de comunidad variadas según las necesidades de cada lugar.

Querer suplantar el aliento del Espíritu por el soplo del lobo Clericalismo-Impunidad, cuyas consecuencias en muchos casos eran y son un delito, solo trajo desgracia y un sufrimiento continuo a las víctimas, fuera cual fuera la forma de abuso que sufrieron y sufren. Y quienes así actuaron, ciegos de un poder enfermizo, no cayeron en la cuenta de que ellos mismos eran y siguen siendo víctimas de sí mismos porque se bastaban a sí mismos, como los ricos del evangelio.

Y creyeron, además, que nunca llegaría la hora de rendir cuentas a la sociedad a través de la justicia civil, ni a la Iglesia, comunidad de personas, Cuerpo místico de Cristo, a la que trataron tan perversamente.

Estamos ante un momento de cambio, de ayudar a limpiar y sanar heridas, de asumir institucionalmente la responsabilidad de esos delitos, de ayudar a asumir la culpabilidad a quienes los cometieron, de querer reconstruir entre todos una nueva forma de ser Iglesia, con caridad, comprensión y absoluta transparencia.

Sí, también con el perdón y con la certeza de que quienes fueron víctimas de sí mismos –y tanto dolor y sufrimiento causaron a las víctimas que provocaron– merecen la atención profesional necesaria que cure sus personalidades maleables, perturbadas y perturbadoras, sin olvidar un buen acompañamiento que, por alguna parte y en muchas ocasiones, quedó perdido. De no hacerlo, ¿qué Iglesia seguiremos siendo?

Llevamos muchos años ya de situación insostenible. Situación que, en algunos países, se ha afrontado ya en parte y que, en



» otros, parece que esa hora no va a llegar y, cuando lo haga –porque sucederá–, será demasiado tarde para recomponer una reputación y una credibilidad prácticamente inexistentes hoy. Cambiar requiere un proceso que va más allá de la toma de decisiones por parte de aquellos que pueden y deberían hacerlo ahora. Por el momento, y hasta que vaya llegando una nueva estructura más participativa a todos los niveles en la que estará representado todo el Pueblo de Dios, toca esperar, vigilantes, atentos y activos, es decir, siguiendo de cerca los pasos que se dan, si es que se dan.

En este proceso de sanación y reconstrucción, únicamente el aliento del Espíritu debe ser sentido y tenido en cuenta, para que aquellos que deberán resituarse, porque tendrán un nuevo lugar en la comunidad, aprendan a comportarse según indica la sinodalidad. Esto, en realidad, vale para todos, porque todos nos vamos a tener que resituarnos. Sin embargo, estoy segura de que a algunos les costará un poco más, porque necesitarán un recorrido inverso al que han seguido hasta ahora, para desaprender viejos modos, anclados engrimientos y obsoletas arrogancias.

Unos tendrán que desaprender; otros sería recomendable que aprendieran cuanto antes las nuevas formas sinodales, más horizontales para todos. Y esto me lleva a plantearme una pregunta: ¿en cuántos seminarios se ha permitido la creación de grupos de trabajo del Sínodo? De momento, los seminaristas son laicos, y la amplia base del Pueblo de Dios que somos todos los laicos estamos llamados a participar en este Sínodo. Si no hay grupos de trabajo en los seminarios, ¿quién o quiénes lo impiden, en nombre de qué y cuál será la justificación? Podría ser interesante conocer las respuestas, si es que alguna vez nos las dan. Por cierto, también sería interesante saber cómo se sienten los seminaristas al verse tratados así, con decisiones que afectan a su futuro y que no son tomadas por ellos, todos mayores de edad.

Tal vez –y lo formulo como propuesta– estaría bien considerar, como tema a tratar en el proceso sinodal en el que estamos inmersos,

la presencia real y activa de la comunidad eclesial diocesana en la formación de los futuros sacerdotes. Porque los seminaristas necesitan sentirse apoyados por la comunidad diocesana y que esa misma comunidad les ayude a objetivar su vida, y les ayude a cuestionarse a sí mismos durante su proceso de formación, sobre todo, porque eso ayudaría a pulir ciertos aspectos que, de no hacerlo en ese momento tan concreto, se incrementarían cuando sean sacerdotes... y no a mejor precisamente.

Dice Jesús en el evangelio según Mateo: “[...] Sin embargo, el que escucha estas palabras mías y no las pone en práctica, es como aquel hombre necio que edificó su casa sobre arena. Cayó la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron los vientos, se abatieron sobre la casa, y esta se derrumbó. Y su ruina fue grande”

(Mt 7, 26-27). Es imposible que la estructura de papel aguante esto.

LA ESTRUCTURA DE PAJA Y SUS PELIGROS

En este ranking de los malos elementos de construcción, en segundo lugar y con la paja como protagonista, se encuentran las parroquias. Aparentemente un poco más sólidas que el papel, acaban de vivir una experiencia que ni en los peores sueños pudimos imaginar nadie, y que ha dejado en evidencia la poca solidez de su estructura, debido en parte a la herencia de la estructura de papel, y porque la coyuntura les ha venido bien a quienes buscaban un motivo –más o menos justificado– para abandonar una práctica que poco o nada les decía. Su lobo sí ha venido desde fuera, aunque ha contado con ayuda desde dentro. Y también



ha tenido nombre compuesto:
Pandemia-Confinamiento.

La estructura de paja es tan débil como la de papel. Ciertamente, la paja se puede trenzar, lo que le da un poco más de consistencia. Sin embargo, a la hora de la verdad, su fragilidad queda en evidencia. El lobo de esta estructura, Pandemia-Confinamiento, encontró el terreno lo suficientemente abonado como para no tener que emplearse muy a fondo. Jugó a su favor el que las personas mayores, que son las que más acuden a las iglesias, fueran su blanco más fácil, y muchas de ellas fallecieron.

Ahora bien, tras haber pasado –al menos por ahora– los límites de los confinamientos, ¿por qué no se recupera, en la medida de lo posible y asumiendo que ya muchos no están entre nosotros, el número de participantes en las celebraciones? Además del ataque del lobo Pandemia-Confinamiento, tal vez haya otras cuestiones a tener en cuenta.

Puede que una parte de los asistentes lo fueran por inercia o por tradición, más que por convencimiento y experiencia de sentirse parte viva de esa comunidad. Así, tras el tiempo del confinamiento y con los consiguientes aforos limitados, no sintieron que perdían algo no volviendo a las celebraciones parroquiales. Tan sencillo como esto... ¿O no?

Durante el tiempo del confinamiento, asistimos a algunos espectáculos dignos del más puro surrealismo. Por un lado, estaba esa batalla en la que algunos se enzarzaron para mantener las iglesias abiertas, cuando no se podía ni salir de casa; por otro, estaban las

¿celebraciones? *online*. Pongo entre interrogantes lo de celebraciones porque una cosa es que se transmita una celebración litúrgica los días festivos para quienes no pueden asistir, y otra muy diferente la sucesión de celebraciones –como si de un concurso se tratara– cuando nadie podía asistir. ¿Qué asamblea había ahí?

Las menos eran celebraciones preparadas con esmero, mimo y verdadero cariño pastoral. Eso se notaba, como se notó el aumento de seguidores, porque allí, pese a la pantalla, se llegó a crear una comunidad que se reunía al caer la tarde para compartir lo que había sido cada día. Se cuidaban los medios técnicos para hacerlo dignamente, se cuidaban la predicación, la música, las oraciones, y hasta los poemas que ayudaban al recogimiento y a profundizar en la Palabra. Otras, la mayoría, parecían más bien la justificación del clero, algo parecido a decir que seguían haciendo lo que están llamados a hacer: ¿solo decir misa? Porque aquello, salvo algunas excepciones, no era celebrar. No fue algo que se diera solo en España, sino en muchos países.

Fuera de este tiempo de pandemia, la asistencia diaria de feligreses a misa, en la mayoría de las parroquias, casi se puede contar con los dedos de las manos. Entonces, ¿por qué ese afán de retransmitir la misa todos los días, como si una gran audiencia fuera a quedarse desamparada, cuando seguía habiendo una retransmisión habitual? La cuestión es que no se tuvo en cuenta la estructura de paja de las parroquias, que es el laicado.

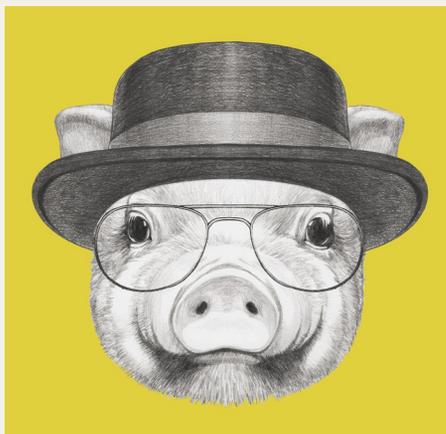
Se nos trató –y puedo asumir que con buena intención, aunque

revela una práctica pastoral muy pobre– como si fuésemos tontos e incapaces de rezar sin intermediarios, como si no tuviéramos la capacidad de hacer nada sin el clero. Porque tanta misa a través de la pantalla no fue precisamente un ejemplo de acompañamiento. Al menos, en general. Es verdad que, en muchas parroquias, los teléfonos echaban humo con llamadas diarias a quienes estaban solos. Era una forma mucho más cercana de acompañar que una misa a través de la pantalla del ordenador.

Lo peor de esta situación es que el laicado poco formado es el que ha pagado el pato. Y poco formado está tanto el laicado que no se sentía interpelado –cuya asistencia a la parroquia era meramente por inercia y tradición, y se vio solo– como el laicado que está acostumbrado a obedecer sin preguntar y sin aspirar a nada en la comunidad parroquial, que también se vio solo. Por descontado que ese laicado que sí tiene una cierta formación, además de solo, también se quedó asombrado de la comprensión que algunos tienen de la práctica y vivencia de la pastoral.

El laicado clericalizado –ese del “amén” para, supuestamente, asegurar su presencia en la estructura parroquial– por supuesto que se vio solo. Nadie contaba con él, no eran necesarios para nada. ¡Qué pena! Ese laicado se conforma, sin darse cuenta, con las migajas de un falso poder que les da –no por confianza, sino porque tiene tanto poder que se lo puede permitir– el párroco, que en cualquier momento puede retirar esas migajas. Y ahí llega el llanto de ese laicado tan deformado. Un laicado que repite formas clericales sin darse cuenta, porque repite lo que ve, lo que hace quien le hace –falsamente, insisto– sentirse poderoso e importante. También entre los laicos hay personalidades vulnerables y maleables.

Hay una novela de **Mary Ann Shaffer** y **Annie Barrows**, titulada *La Sociedad Literaria del Pastel de Piel de Patata de Guernsey* y llevada también al cine, en la que los protagonistas, en plena II Guerra Mundial, crean esta sociedad literaria y descubren, gracias a libros de toda clase, el valor de relacionarse entre ellos, de hablarse, de escucharse,



EL CUENTO DE LOS TRES CERDITOS, LAS ESTRUCTURAS ECLESIASTICAS... Y ALGUNA ECLESIAL

» de compartir sus opiniones, de sentirse realmente una familia, en definitiva, de tenerse unos a otros. Un buen ejemplo de lo que se puede conseguir cuando la creatividad se pone en movimiento en momentos duros de afrontar. ¿Podría habernos servido de modelo cuando atacaba el lobo Pandemia-Confinamiento?

¿Podría haber sido una posibilidad de conectar para hablar entre nosotros –equipo sacerdotal de la parroquia incluido– y ayudar a combatir así tanta soledad como hubo en ese momento, y tanta inquietud y miedo con los que vivían muchas personas? ¿No hubiera sido un momento adecuado para descubrirnos como comunidad que ora unida, en la que cada día una familia o una persona prepara, por ejemplo, la lectura de la Palabra y comentarla luego todos juntos?

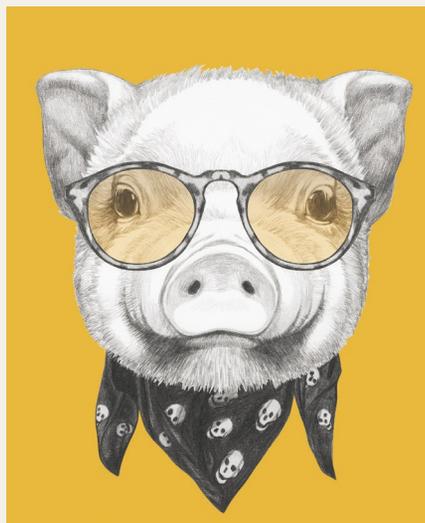
La paja trenzada en las parroquias, aparentemente algo más resistente como estructura que el papel, somos los laicos, porque somos los que hacemos que la parroquia tenga vida, sea vida y dé vida a muchos. O deberíamos hacerlo. Y tenemos la oportunidad delante de nosotros. Podemos hacer lo mismo que los protagonistas de la novela de *La Sociedad Literaria del Pastel de Piel de Patata de Guernsey*: descubrimos, escucharnos, compartir puntos de vista, no tener miedo a dar un paso adelante... Y todo paso adelante supone un querer encontrar a otros compañeros de camino con los que construir otra forma de ser verdadera estructura comunitaria, es decir, otra forma de ser Iglesia. Una estructura que acoja sin preguntar, que acompañe sin agobiar, que ayude a crecer sin imponer. Juntos, laicos y equipo sacerdotal. Para que esto se haga realidad, los laicos tenemos que comprometernos a ser un laicado formado, responsable y comprometido. Ni la tradición ni el sí porque sí son argumentos válidos. No podemos seguir siendo un laicado de estructura de paja, que en nada ayuda a un clero –siempre con algunas excepciones– de estructura de papel. Porque si no cambiamos tampoco nosotros, las palabras de Jesús siguen siendo válidas: “[...] Sin embargo, el que escucha estas palabras mías y no las pone en práctica, es como aquel hombre

neccio que edificó su casa sobre arena. Cayó la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron los vientos, se abatieron sobre la casa, y esta se derrumbó. Y su ruina fue grande” (Mt 7, 26-27).

LA ESTRUCTURA DE LADRILLO, FIRME Y ADAPTABLE

Las dos estructuras vistas hasta ahora, la de papel y la de paja, no pueden seguir como están. Son presas fáciles del lobo y, además, sabemos que los lobos van en manada, luego no son presas fáciles de un solo lobo. Papel y paja son las dos bases sobre las que se construye el resto, y no parecen ser muy estables ni seguras. Esta estructura de ladrillo también tiene su lobo, llamado **Rigidez**. Hay que estar atentos para repeler su ataque, porque siempre anda merodeando.

Bien construida, esta estructura de ladrillo es la que nos va a ayudar a salir adelante porque tendrá cimientos. Es la que nos va a permitir crecer y pasar de convencidos a convertidos, del yo al nosotros,

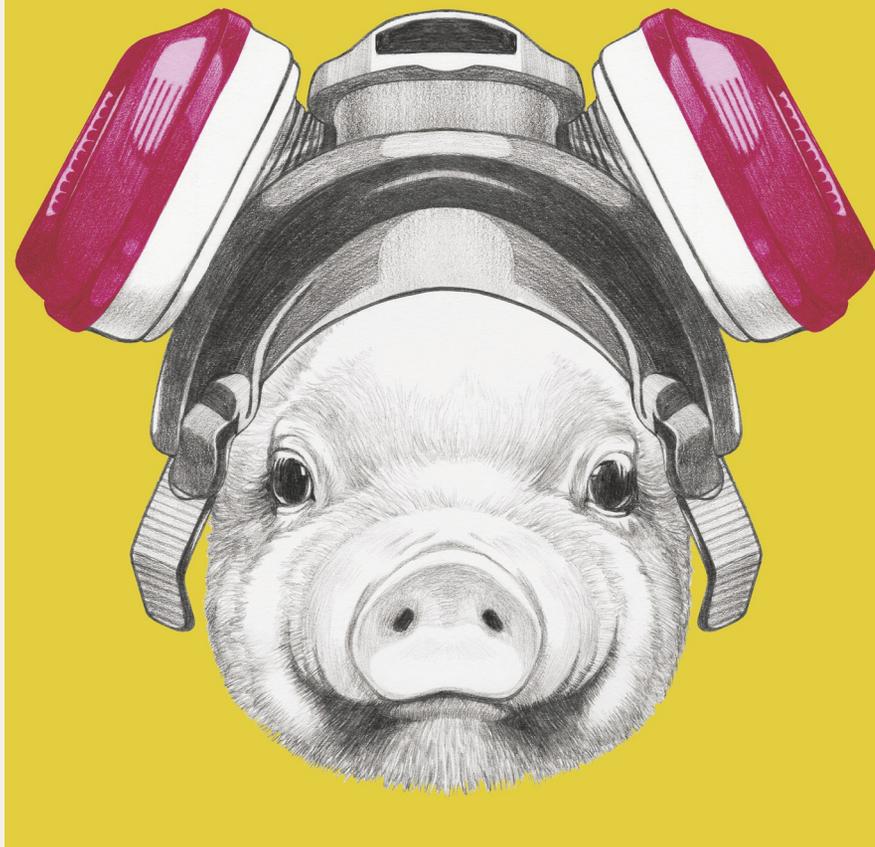


del solo desde arriba al también desde abajo. Esta estructura es la que estamos llamados a construir entre todos en la Iglesia. No como piezas de una construcción infantil, con grandes bloques de colores, donde todas encajan a la perfección porque han sido preparadas para ello. Al contrario, en nuestro caso, es la construcción donde las piezas encajarán a partir del encuentro de unas con otras, y eso, precisamente, será lo que dará solidez a la estructura, como si estuviera hecha de ladrillo. Esta es la única estructura capaz de vencer al clericalismo, sea el del clero o el de los laicos que actúan así. Será la única que permita terminar con el poder y empezar a ver estructuras de autoridad.

Habrà que estar muy atentos, porque –como decía anteriormente– el lobo Rigidez, siempre anda olfateando. Sin embargo, construir una estructura sólida no tiene por qué conllevar convertirla en una Iglesia rígida. Al contrario, una Iglesia sólida será mucho más acogedora, dialogante y empática, por la sencilla razón de que todos seremos parte de esa estructura. Cada uno estará en el lugar que le indique el bautismo y, desde ahí, nuestra misión, ya que el bautismo nos hace sacerdotes, profetas y reyes. Es muy importante tener presente que lo que somos en la Iglesia, lo somos por el bautismo, no por la graciosa concesión del clero. Es un regalo de nuestro bautismo. Esto lo tendríamos que tener grabado a fuego en nuestra mente y en nuestro corazón. Un regalo al que libremente correspondemos según nuestra vocación.

La estructura de ladrillo, sólida pero no rígida, tendrá características y acentos varios, porque pertenecer a la civilización cristiana trae consigo la realidad y la riqueza de manifestarse en muchas formas culturales. Y eso es una grandísima oportunidad para una Iglesia que, desde su origen, tuvo en la diversidad uno de sus atractivos más potentes. Las cartas de Pablo a las diferentes Iglesias así lo muestran.

No se trata de imponer una visión de la Iglesia. De hacerlo, estaríamos cayendo en lo mismo que criticamos de otros. Se trata de buscar soluciones todos juntos, compartiendo opiniones, criterios diferentes, y a la escucha de lo que el Espíritu suscite en nosotros.



Por supuesto que en la estructura de ladrillo –fuerte, sólida pero no rígida– tienen que estar presentes sacerdotes, obispos, cardenales... ¡Todos somos Pueblo de Dios! Y todos, por descontado, estamos necesitados de la conversión permanente: equipos parroquiales, movimientos, congregaciones religiosas, conferencias episcopales, estructura vaticana... De cómo vivamos la conversión pastoral, que nos afecta a todos, dependerá en buena medida el cambio de mentalidad y las relaciones entre nosotros, la práctica de nuevas formas en las que estemos presentes todos. Y también ese cambio necesario, urgente ya, en las estructuras de la Iglesia, que –entre otras cuestiones–, podría pasar por reconocer estos tres puntos:

1. Diversidad

Parece que siempre nos vence el miedo, la apatía, la indiferencia, y en todo aquello que nos proponemos –o, como en el momento actual, nos propone el Espíritu Santo– gana la inercia de no hacer nada. Todo parecen metas inalcanzables, que nunca llegamos a ver lo suficientemente cerca como para creer que es posible conseguir algún cambio. Sin embargo, merece la pena seguir, no parar, aunque no veamos qué hay a la vuelta del camino. Si paramos, estamos perdidos y solos

–quiero decir los de siempre–, y es necesario preguntarse: ¿nos valemos y bastamos por nosotros mismos?

De ahí la necesidad de acoger la diversidad que refresque nuestra sangre y, de paso, nos ayude a mostrar a la sociedad de la que formamos parte la coherencia entre lo que predicamos y lo que vivimos. No podemos hablar de que somos una Iglesia comunión si no mostramos esa comunión en el día a día. El Espíritu nos invita –lo ha hecho desde siempre– a manifestar una igualdad en la Iglesia que nada tiene que ver con la uniformidad. Estamos llamados a vivir la unidad, es más, la comunión, en la diversidad.

Diversidad de dones, carismas y ministerios, sí, por supuesto, pero también la diversidad encarnada en una realidad que nada tiene que ver con la de no hace muchos años. En esa diversidad deben apreciarse los sonidos de voces distintas, orientadas a la construcción de un diálogo hacia dentro y hacia fuera: con la realidad de la cultura, de los diferentes modelos de familia, de la ciencia, de los pobres materiales y también de los espirituales, de la comunicación, de aquellos que viven su amor con personas del mismo sexo, de los indiferentes, de los no creyentes, en definitiva, de todos aquellos que conformamos –porque todos somos diferentes– la diversidad querida

por Dios en la creación. Todo esto es una demanda del Reino de Dios.

Y, para los que tengan dudas, escuchemos un buen consejo en el que todos estamos representados: “También tengo otras ovejas, que no son de este redil; también a esas debo conducir: escucharán mi voz y habrá un solo rebaño, bajo un solo pastor” (Jn 10, 16). En el redil del Reino –del que alguna vez todos nos salimos– tenemos cabida todos, y el Espíritu insiste una y otra vez en llamarnos, en convocarnos a una igualdad eclesial que viviremos como unidad en la diversidad.

Esa Iglesia, a la que el papa **Francisco** se refiere como un poliedro, es la que está llamada a tener una estructura sólida, de ladrillo fuerte. Eso solo será posible si cada uno de nosotros, desde nuestra corresponsabilidad personal y desde nuestra corresponsabilidad comunitaria, somos capaces de acoger lo diverso, de apreciar cada una de las caras del poliedro en sus propuestas y vivencia del Evangelio. Porque la fe no se airea solo abriendo una ventana, necesita de la reflexión, del pensamiento distinto que evoluciona interpretando. La fidelidad a la Iglesia y al propio Evangelio no consiste tanto en repetir y repetir fórmulas que hoy casi nadie entiende –en buena medida, por el lenguaje utilizado– como en interpretar a la luz de los signos de los tiempos y de una sociedad que ya no vive con las formas de hace siglos. La catolicidad de la Iglesia no significa uniformidad, sino capacidad de inculturación.

2. Transparencia

La transparencia, aunque la estructura sea de ladrillo, es posible y necesaria. Según la RAE, *transparencia* se deriva del adjetivo “transparente”, que, en sentido figurado, indica lo que es claro y evidente. Nosotros podríamos añadir que, en la Iglesia, también podría ser entendida la transparencia como sinceridad. Lo que sucede es que el Evangelio y sus exigencias nos llaman a dar un paso más y sumar a lo que es claro, evidente y sincero, la autenticidad.

La fortaleza de la Iglesia se ha demostrado que no viene porque todo nos llegue de lo alto. Y no precisamente del cielo, sino de una estructura que barrió la sinodalidad



EL CUENTO DE LOS TRES CERDITOS, LAS ESTRUCTURAS ECLESIÁSTICAS... Y ALGUNA ECLESIAL

» tras más de mil años de práctica en la Iglesia, y la substituyó por un clericalismo opaco, que nada entendía de transparencia y que entendía como un ataque cualquier insinuación para que actuara transparentemente. Además, se acusaba al osado u osada que lo pretendiera, de falta de fe por cuestionar al clero. Eso era confundir las churras con las merinas, si se me permite la expresión coloquial.

La fortaleza de la Iglesia viene por vivir sin tener nada que ocultar, porque, en el momento en el que la más mínima sospecha se cierne sobre esa transparencia, la confianza se quiebra y es muy complicado recuperarla. Sin darnos cuenta, la falta de transparencia también afecta a la construcción del Reino, aquí y ahora. Y esto es grave, porque nosotros estamos llamados, nuestro fin es, en definitiva, la construcción del Reino de Dios, que es mucho más y que va mucho más allá de la institución eclesiástica en sí. Lo que sucede es que esa misma institución también decidió dónde sí y dónde no se podía hablar de ese Reino, al vincularlo exclusivamente a su ámbito: muchas personas confundieron Iglesia con Reino, y no, no son sinónimos. Todos olvidamos que “el que no está contra nosotros está a favor nuestro” (Mc 9, 38-40), y perdimos de vista cuántas personas, incluso no creyentes, hacen realidad el Reino de Dios en medio de la sociedad.

Esa autenticidad, que podemos utilizar sin duda como sinónimo de transparencia, es vivir totalmente en “modo Jesús”. Y, en este tiempo sinodal que estamos viviendo, eso implica modificar las coordenadas que hemos utilizado hasta ahora, donde la Iglesia se había convertido

en meta cuando debía ser camino. La transparencia también nos invita en este momento a hablar, a compartir, a decir todo lo que hay que decir. Y a decirlo con total libertad, sin callarse nada. Es lo que hacían los primeros cristianos de Jerusalén cuando recibían el Espíritu (Hch 4, 28. 31).

3. Liderazgo compartido

Dice Rafael Luciani que la reforma de la Iglesia es posible, pero que no depende tan solo del Papa. Personalmente, creo que es una bendición y una oportunidad de oro que nos brinda el Espíritu. De lo contrario, no dejaríamos de estar ante una situación en la que todo vendría desde arriba y seguiríamos en lo mismo.

El liderazgo compartido en la Iglesia tiene mucho que ver con que cada uno de nosotros somos una



misión. Es verdad que puede costar un poco entenderlo de esta manera. Sin embargo, esa es la realidad, y conllevará la renovación del *Código de Derecho Canónico*, de la propia teología en todas sus ramas y de la conversión de nuestras seguridades en dudas con las que avanzar.

El liderazgo compartido en la estructura sinodal tiene que hacernos comprender que, en más de una ocasión, ese líder, esa voz que nos anime junto a otras, estará en los márgenes. Por eso, lejos del tono académico habitual, la teología que emane de este Sínodo (aunque no es un Sínodo para hacer documentos, sino para hacerlo vida) deberá ser encarnada como toda buena teología y, además, estar muy bien enraizada en los márgenes de la Iglesia (espacio creado por ella misma), donde viven voces proféticas



que no estamos acostumbrados a escuchar, porque creemos que el Espíritu no se manifiesta en ese espacio, en esa situación.

AVANZAMOS

Una verdadera actitud de escucha, una verdadera actitud de acogida que confirme la diversidad, la transparencia y el liderazgo compartido, serán señales inequívocas de que el cambio se ha iniciado. También será necesario aceptar proyectos, compartir misión, abrir procesos de intercambio y acercamiento... Celebrar un Sínodo es relativamente fácil. Vivir la sinodalidad es otra cosa. Entre Sínodo y sinodalidad vivida, hecha realidad en el día a día, hay una senda que entre todos iremos abriendo y que, paso a paso, hay que convertir en camino para recorrerlo juntos.

Todos sabemos que los ladrillos no se sujetan solos, necesitan de la argamasa para mantenerse firmes en la construcción. Nuestra argamasa nos la muestra Pablo en su primera carta a los Tesalonicenses: “En cuanto a vosotros, que el Señor os haga progresar y sobreabundar en el amor de unos con otros, y en el amor para con todos, como es nuestro amor con vosotros” (1 Tes 3, 12).

Solo así resonarán de nuevo las palabras de Jesús, eso sí, de diferente manera: “El que escucha estas palabras mías y las pone en práctica, es como aquel hombre sensato que edificó su casa sobre roca. Cayó la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron los vientos y se abatieron sobre la casa; pero no se derrumbó, porque estaba edificada sobre roca” (Mt 7, 24-25).

Cuando esta estructura funcione, entonces sí, podremos decir que la estructura de ladrillo aguanta lluvia, torrentes y vientos. Porque es sólida, no rígida. ●

